

ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Mujeres célebres de la antigüedad.

Cornelia, la hija del grande Escipion, la madre de los Gracos, ha legado su fama á la posteridad. Ciencia, virtud, patriotismo y valor, todo lo reunió esta ilustre romana, hija, esposa y madre de romanos esclarecidos.

La mujer que es objeto de la presente reseña, se hizo tan notable por su prudencia y sabiduría, que esplicaba públicamente en Roma la filosofía, envaneciéndose gran número de hombres eminentes de contarse entre sus discípulos. «Si el nombre de mujer, dice Ciceron en su *Retórica*, abadiese á Cornelia, merecería ser única entre todos los filósofos, porque jamás he visto proceder sentencias tan graves de carnes tan flacas.»

Esto, por lo que hace á su instruccion, que por lo que respecta á su patriotismo, aducirémos mas de una prueba relevante. En un viaje que hizo á Roma

Ptolomeo Fiscon, ofreció á Cornelia su cetro y su mano. «No cambio el título de romana por el de reina de Egipto,» fué su respuesta á tan brillante proposicion. Embriagados por la gloria que adquirieron en Africa sus hijos Tiberio y Cayo, aspiraron á las supremas dignidades de la república, y las obtuvieron. En vano trató Cornelia de refrenar su ambicion: «La república triunfará de tu agresion,» decia enérgica á Cayo, y cuando elegido tribuno hizo aprobar una ley dictada por el odio, desaprobóla su madre de un modo manifiesto, y Cayo, anulándola, declaró que cedia á sus súplicas. El pueblo recibió con júbilo aquella revocacion, porque como dice Plutarco, honraba á todos, y erigió una estatua de bronce con esta inscripcion: *A Cornelia, madre de los Gracos.*

Dedicada al cumplimiento de sus deberes y á la práctica de las virtudes, cifraba toda su ventura en la educacion de sus hijos, cuya elevacion la debieron. Despreciaba el lujo; y como una matrona que la visitaba cubierta de adornos y alhajas la pidiese que la enseñase las suyas, entrando en aquel momento sus hijos, que venian de la academia con sus tablas y es-

tilos, «hé aquí mis adornos y alhajas,» la dijo presentándolos.

Muertos, á impulso de su ambicion, Tiberio y Cayo, y justificados con ella los temores que inútilmente presentó á su consideracion, Cornelia soportó su infortunio con magnanimidad y constancia. Cuando la encomiaron los magníficos homenajes que tributaron los romanos á la memoria de sus hijos, de las aras, estátuas y edificios sagrados levantados en los lugares en que perecieron, «se les ha concedido el sepulcro que merecian,» dijo.

Su casa fué siempre punto de reunion de los hombres eminentes, y los reyes se honraban en que admitiese sus dones.

Altiva por haber dado el sér á Tiberio y Cayo, narraba sus proezas y desgracias sin verter una lágrima, sin muestra de dolor.

—La liberta Epícaris es objeto de admiracion en nuestros tiempos, que la presentan como un ejemplo de sublime resolucion, como un dechado de varonil entereza. El marqués de Jimenez escribió una tragedia con el título de esta mujer, que se representó en 1753, y en 1794 se puso en París en escena otra titulada *Epícaris y Neron*, de Mr. Legouvé. Lo merecia la memoria de esta mujer.

Indignados los principales romanos de los crímenes de Neron, se conjuraron para sacudir su insoportable yugo. Por amor á la libertad y á la humanidad, uniósse á los conspiradores Epícaris, y reanimó su valor al ver su lentitud y perplejidad, tomando ademas una parte activa en el plan. Su viaje á la Campania ganó al ejército de Misenio, pero temiendo el tribuno se frustrase la trama, muy adelantada ya, la descubrió al emperador. Pero Epícaris habia tenido la

prudencia de no confiarle los nombres de los coligados, y le desmintió victoriosamente; pero una nueva revelacion, y la debilidad de algunos conjurados la comprometieron, y en vano la amenazó y exhortó el tirano á que declarase los demas compañeros. Atormentada, los verdugos se abochornaron de verse vencidos por una mujer, y redoblaron sus esfuerzos. Todo fué infructuoso: no pudo arrancársela una palabra. Al dia inmediato debia renovarse tan bárbaro suplicio: Epícaris tenia dislocados todos sus miembros, y sufría dolores atroces: temió ceder á la violencia de la tortura, y se dió muerte con el cordon de su cintura, salvando á costa de su vida la mayor parte de los conjurados.

Concluirémos este artículo con la reseña de una mujer de dudosa existencia, y cuya celebridad, á ser cierta, está únicamente en haber dado nombre á la parte del mundo que habitamos. Pero la mitología, y aun la historia reclaman su conocimiento. La primera sienta que, enamorado Júpiter de su hermosura, tomó la forma de toro, y la robó, llevándola á Creta; y la segunda afirma la exactitud del robo de Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia y hermana de Cadmo. Segun el respetable testimonio de Eusebio Cesariense, ocurrió por los años 1485 de la Creacion en los términos siguientes. Informado Asterio, rey de Creta, de la rara belleza y relevantes prendas de la hija de Agenor, se propuso conseguirla. Negósele su mano, y envió á las costas de Fenicia un bajel cargado de objetos preciosos y curiosidades admirables, el cual se llamaba *Tau-ro*, y tenia esculpido un toro en la proa, lo cual daría origen á la fábula. El en-

cargado de Asterio saltó á tierra cuando vió á la princesa, y tanto la ponderó, presentándola algunas, las joyas y objetos estimables que conducía el bájel, que aceptó la invitación de visitarle por verlas. Dentro Europa y sus doncellas, levaron anclas, y el Tauro llegó á Creta, casándose la robada con el rey, y teniendo de este matrimonio á Minos, que no dió poca materia á los poetas de aquellos tiempos para otras ficciones.

A. Pirala.

LITERATURA.

EL CUMPLEAÑOS.

A mi querida madre.

Para tejer de flores
una corona
andan por los jardines
niñas hermosas:
Corona ¡oh madre!
con que tu frente pura
debe adornarse!

Los pomposos claveles
con la violeta,
y el nardo y los jazmines
allí se mezclan:
pero la rosa
de Alejandria se alza
reina entre todas!

¡Cómo juegan las niñas
en los verjeles!
Sus danzas van cruzando,
y hacia tí vienen:
tu frente ciñen
la rosa y la violeta,
nardo y jazmines!

Viéndote, madre mia,
ya coronada
de flores tan hermosas
y tan galanas,
vânse cantando:
Modelo de virtudes,
vivas mil años!

EMILIA FERNANDEZ.

MARIETTA TINTORELLA.

Escrita en francés

POR M^{de}. EUGENIA FOA, Y TRADUCIDA AL
CASTELLANO POR ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

(Continuacion.)

III.

El Canónigo regular de San Ambrosio.

A la vista de un hombre, que llevaba el traje de los canónigos regulares de San Ambrosio, el Tintoreto y su madre se levantaron y saludaron respetuosamente al recién llegado. En cuanto á Marietta, esta visita la habia dejado aterrada; estaba inmóvil, dejaba á el eclesiástico á la puerta sin invitarle á entrar, y la puerta abierta sin pensar en cerrarla.

—Seáis bien venido, padre Ambrosio, dijo la señora Robusti deshaciéndose en cortesías; tomáos el trabajo de entrar y de tomar asiento; ¿si yo me atreviese á ofrecer á su excelencia una parte de nuestra cena?... Marietta, ¿dónde tienes la cabeza, que dejas á su excelencia en pié? una silla, pronto, niña, una silla.

Marietta, habiendo logrado calmar su emoción, se esforzó en sonreír para reparar su aturdimiento, y cerrando la puerta después que entró el canónigo, le presentó con gracia una silla cerca de la mesa.

—Descansad, padre Ambrosio, le dijo;

¿quiere vuestra excelencia un plato de sopa y un vaso de vino?

—Gracias, Marietta, dijo el padre Ambrosio, cuyo rostro severo parecía dulcificarse cuando hablaba con ella... siéntese Vd., señora Robusti; continuad cenando señor Jacobo... yo habia venido...

—A vernos, como un buen vecino; interrumpió vivamente Marietta, que se esforzaba en ocultar bajo una alegría loca, la ansiedad que se dejaba ver en sus ojos y en todas sus facciones; sois bien cortés, bien amable, padre mio... Los canónigos de vuestra Orden son tan buenos, tan indulgentes... si no tuviese ya por confesor desde mi niñez al padre Pauli, que es un santo, solo en vuestra Orden elegiría un director para mi conciencia, padre Ambrosio.

—Una conciencia tan pura como la vuestra, debe de ser bien fácil de dirigir, hija mia, respondió el canónigo; pero yo habia venido...

—¿Es verdad qué dirigis la de la condesa Grimani, padre mio? interrumpió de nuevo Marietta.

—Sí, hija mia.

—Ha tenido bastantes pesares, replicó Marietta, pero me parece que pronto se concluirán.

Cualquiera hubiera dicho que tenia miedo de dejar hablar al canónigo.

—¿Qué pesares? preguntó la señora Robusti, que hacia algunos momentos discurría desde su silla cómo tomar parte en la conversacion.

—Por de pronto, su hija la marquesa de Donato, cuya salud ha estado en peligro tanto tiempo, que ya creían perderla... luego, los riesgos que corren á cada momento su marido el Dux de Venecia y su hijo Leopoldo en la guerra de la república contra los Uscoques.

—Quién son esos? preguntó la tintorera.

—Son los vasallos del Austria, en Croacia, que ejercen continuamente la piratería en el Adriático; mas el ejército veneciano, acaba, segun dicen, de quemarles todas las aldeas, y de pasar á cuchillo todos los habitantes.

—Todos? preguntó de nuevo la vieja con un sentimiento de horror.

—Excepto los que se han refugiado en las montañas, respondió Marietta.

—Calla, calla, y ¿cómo es que estás tan instruida en los negocios de la república? dijo Jacobo sonriendo con admiracion, al ver la elocuencia de su hija.

—Todo me lo ha contado esta mañana la condesa Grimani, respondió Marietta, casi avergonzada por la observacion de su padre.

El Tintoreto se dirigió al canónigo.

—Padre, yo os pido perdon de la charlatanería de esta niña, que os ha interrumpido ya dos veces en el momento en que vuestra excelencia iba á referirnos el motivo de su apreciable visita.

—Yo deseaba hablar á vuestro hijo Dominico, dijo el padre Ambrosio.

—Mi hermano ha salido, dijo Marietta, tomando vivamente la palabra; pero mañana, si lo deseais irá á visitaros; decidme á qué hora, padre mio, irá con toda exactitud; ¡oh! Dominico será exacto, yo respondo de él.

—Si tuvieseis la bondad de decirme para qué le quereis, preguntó Tintoreto.

En el momento en que el padre Ambrosio abría la boca, Marietta se apresuró á preguntar.

—Es para hablarle del cuadro de la capilla de Sta. María Dell'Orta? lo he adivinado, padre mio?... ya está concluido, ó casi concluido, solo faltan algunos puntos brillantes, y mañana ó pasado... vuestra capilla estará ya ornada con él; creed en mi palabra, aña-

dió bajando la voz; y por Dios no habéis aquí de otra cosa, os lo suplico.

El padre Ambrosio se levantó.

—Es en efecto lo que yo quería, al menos por ahora, añadió, apoyando sobre la última frase; la señorita Marietta tiene razón... pero si dentro de tres días no se ha concluido el cuadro volveré, hija mía; la indulgencia es hija de la caridad, lo sé; mas una indulgencia grande es casi siempre una debilidad, y con ella se hace uno cómplice de muchas faltas que hubiera podido evitar con un poco mas de firmeza.... No digo esto por vos, hermosa niña... sin embargo, hareis bien en aprovecharos de este consejo, añadió retirándose con un reverente saludo.

—Y bien, ¿á qué ha venido aquí este hombre con su indulgencia, su caridad, su debilidad y sus preceptos? dijo la tintorera apenas habia salido el canónigo.

—Bath! el santo varon da sus consejos lo mismo que yo recorro la escala con mi voz... por entretenerme; mas... acabemos de cenar, añadió Marietta, como el que se halla aliviado de un gran peso.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

ESCENAS DEL OTRO MUNDO.

VI.

El embajador del infierno habia comprendido al fin que su mision era mas difícil de llenar de lo que en un principio suponía. Lo poco que habia visto de la corte, era bastante para que se convenciese de que por mas instruido que estuviese en los secretos del otro mundo, pocos ó ninguno sabia de éste.

Se interesaba por averiguar las mas pe-

queñas particularidades del espectáculo que se ofrecía á su vista, y hasta el presente solo habia descubierto que en la corte todos esos confusos movimientos y vaivenes tan desordenados en apariencia, guardaban no obstante cierta simetría, y que la ruidosa gritería de su poblacion no carecia totalmente de sentido y armonía, segun le pareció al principio; por manera que otra vez fluctuaba en dudas, otra vez se veía en la crítica situación de tener que principiar á estudiar la sociedad si queria escribir con acierto á su señor y no valerse de colaboradores: mas para criticar es menester aprender; así es, que resolvió estudiar, y dijo para sí: «Voto al cancerbero, que yo aprenderé.»

El gran compromiso del diablo era que habia ofrecido á Satan explicarle la causa por qué en Madrid ciertas mujeres subían de la clase oscura á otra mas elevada, cambiando el traje de percal por el vestido de seda; así como tambien el por qué tenían estas mismas mujeres tanto influjo en negocios que no parecen de su incumbencia; y por mas que trabajaba nada podia averiguar. Abrumado en reflexiones estaba cierta mañana en su cuarto, cuando entró el ayuda de cámara, natural de Galicia, por eleccion del mismo diablo, pues segun decía, los gallegos aman á Dios y sirven al demonio.

—Señuritu! dijo el astur.

—Qué traes, Diego?

—El chaculate.

Tomó el plato el demonio, y despues de un momento de pausa, durante el cual engulló algunas sopas, preguntó á Diego.

—Qué piensas tú de las mujeres?

—Señuritu!!... contestó éste sorprendido de semejante interpelacion.

—Vamos, responde. Qué dices tú de las mujeres?

—Esu es segun y comu...

—No has estado enamorado nunca?

Diego dudó un momento, exhaló un suspiro y dijo: Oh, si, señuritu!

—Y qué, te arrepientes de haberlo estado?

—Si, señuritu, porque yo rabiaba pur una duncella de casa el señor de... y de la noche á la mañana dejó de ser duncella y gastó sayas de sedá; fuese á vivir á una gran casa y non pude mas hablarla, porque non se la podia ver en su casa mas que á ciertas horas; y la muy leona me descunucia cuando me acercaba á ella en la calle.

—Pero como fué ese cambio, exclamó el diablo á quien interesaba ya la historia del gallego, juzgando podría servirle de algo en su estudio sobre las mujeres.

—Pur Santiaju que nu lu sé; á ella non le tucó la lutería.

—Pues cómo, entonces...

—Lléveme el diablo, señor, si sé de donde sale para sostener tantu tren.

—Pero debes consolarte, que ella algun dia se avergonzará y conocerá que no le corresponde el traje de señora.

—Ay, señuritu, que mal cunoce su merced las mujeres...

El diablo hizo un movimiento afirmativo, que queria decir: «si principio á estudiarlas,» y Diego continuó:

—Cuando una *mujer* se hace señora, los primerus dias le cuesta apretarse el cursé, peru una vez puesto ya no se lu quita en la vida, ni vuelve á acordarse de lo que fué, las mujeres se acomodan mucho con el lujo, y son como ciertos gusanos que se vuelven mariposas, que nunca vuelven á gusanos.

—Segun eso tu ingrata doncella debe estar hecha una verdadera señora.

—El demoniu me lleve, si al verla su merced en la calle no la toma por una marquesa; y hay muchas comu ella en la córte.

—De veras?

—Oh, muchas; no hay que fiarse pur

verlas huecas y que se dan muchu tono, cuanto mas lujo es señal que menus les cuesta, y exceptu unas cuantas son muchas las que parecen lu que non son.

El diablo escuchaba absorto á Diego, lleno de satisfaccion, porque creia encontrar en el relato de éste la clave del secreto que le abrumaba.

Diego, que por un momento habia quedado pensativo y con los ojos bajos, aflijido por el recuerdo de su ingrata marusiña, miró hácia su amo al oír una satánica careajada, y solo encontró vacía la butaca que aquel ocupaba. El diablo habia desaparecido; otro dia sabremos su paradero, y veremos que á pesar de su contento, poco habia adelantado en el estudio á que se dedicaba para dar noticias á su señor de los misterios de la mujer, y si algo sabia no podia escribirlo, porque le parecia inmoral hasta para los ojos del mismo Satan.

E. de Tamarit.

VIAJES.

LAS BATUECAS.

Las Batuecas es un territorio de España en los confines de Castilla la Vieja y Estremadura. Dista de Salamanca catorce leguas, ocho de Ciudad-Rodrigo, y poco mas de doce de Plasencia. Su situación es una terrible profundidad de monte, donde se venera el santuario de Ntra. Sra. de la Peña de Francia, y la poblacion muy corta, teniendo por cabeza de territorio al lugar de la Alberca, que está una legua antes de entrar en el Valle de las *Urdes ó Jurdes*, en el que se eleva la Casa-Desierto.

Numerosos son los cuentos que de las Batuecas se refieren; pero lo que de mas

verdad nos suministra cierta memoria del Bachiller Pies del Castillo, es lo siguiente: «En el año de 1599 se fundó el *Santo Desierto* en el sitio llamado la Vega de Batuecas, entre dos arroyos. Hubo alguna contradicción sobre vender el sitio á los padres carmelitas, pero interviniendo órdenes del Excmo. Sr. Duque de Alba, señor de esta tierra, así en lo temporal como en lo mas de lo espiritual, fué forzoso obedecer, y nombrando personas que tasasen el distrito que se les habia de dar, una de ellas fué Francisco Luis de Pies, mi abuelo, que tenia la majada de su ganado en dicha vega, y pareciéndoles á los de la Alberca, que como les desacomodaban su ganado de la vega, tasaria la tierra en todo lo que pudiese permitir el precio supremo y rigoroso, sucedió que cuando él y los demas fueron á hacer la tasa, tenia el primer fundador de este convento fabricada una ermita, y oyeron misa, y la tasó despues en ochocientos ducados, sobre lo cual habiéndosele quejado respondió, que despues de haber oído misa no habia podido hacer otra cosa.»

Escabroso es el camino que hay desde la Alberca al convento, pues siempre fué poco frecuentado, y en el dia, únicamente por algun viajero. La entrada de este santo retiro es muy pintoresca: un hermoso jardin donde se ven varias ermitas precede al edificio, el cual tiene estensas dimensiones. Inmediato á él se halla la hospedería, que es notable por el buen compartimiento de las habitaciones, así como por las demas oficinas bajas, los afamados molinos aceitero y harinero, y el gran taller destinado á fabricar objetos de corcho.

En el centro de otro jardin, mas pequeño que el anterior, se vé una iglesia con cuatro altares empizarrados á las esquinas, y el convento que yace á un lado. Este consiste,

en un templo con su altar negro, y encima un gran cuadro bastante deteriorado, y algunas sillas de brazos toscas y pesadas, que componen el coro; consiste tambien en largos y ventilados corredores que dan entrada á las celdas; y en multitud de ermitas esparcidas por la vega.

Tal es la descripción del llamado Desierto de las Batuecas, que al visitarlo, deja grabadas en la mente del viajero ideas profundas y filosóficas.

Enrique del Castillo y Alba.

BIBLIOGRAFIA.

El periódico *La España* correspondiente al dia 21 de julio último, hace un justo elogio de dos melodías magníficamente impresas en París, tituladas **DESENGAÑOS!** y **EL MENDIGO**, poesía de D. Enrique C. Pastor, música de D. Enrique del Castillo y Alba. Nosotros nos adherimos en un todo á la opinion del referido periódico, y recomendamos su adquisicion á nuestras suscriptoras filarmónicas.

Se hallan de venta al precio de 12 rs., en el gran almacén de música y pianos de Casimiro Martin, calle de Correos, núm. 4.

MODAS.

Se ha generalizado hace ya mucho tiempo entre la buena sociedad la costumbre inglesa de pasar la luna de miel en el campo, y todavía es de mejor tono emprender un largo viaje inmediatamente despues de recibidas las bendiciones; no hay, pues, otro arbitrio que quitarse el vestido de boda y enjaretarse otro de camino: este consiste, si

es tiempo de primavera, en un vestido de tafetan de color oscuro, ó negro con guarniciones de terciopelo; si es verano, de piqué color de mahon, ó blanco con cuadros menuditos: talma de tafetan negro, y sombrero de paja con adornos de terciopelo. El fular, que se lleva mucho este año, es tambien tela muy conveniente para viaje.

No es absolutamente necesario ser recién casada para tener un traje de camino: cada una es libre de satisfacer este capricho cuando bien le parezca. Antiguamente se viajaba con poca comodidad, pasando en una desaseada galera, por ejemplo, ocho dias seguidos, con sus noches correspondientes: hoy se hace con mas celeridad en carruajes bien acondicionados ó magníficos wagones; este nuevo sistema de viajar ha despertado la elegancia de las viajeras.

Un vestido de fular de lana, guarnecida la falda por delante de dos rizados de cinta del mismo color: una manteleta de seda negra con fleco todo al rededor: un sombrero de paja con listas de tafetan: un velo verde de gasa tupida: bota de rusel del color del vestido: guante de piel de Suecia, y sombrilla de batista cruda: tal era el traje, que por lo conveniente para el objeto, nos llamó la atención hace poco tiempo en una señora que nos tocó de compañera en nuestro viaje á Panticosa.

Su hija, linda muchacha de diez y ocho años, llevaba un vestido de mahon, el cuerpo cerrado y con aldetas, y todo guarnecido con trencilla de lana verde; su sombrero de paja, con cintas de terciopelo, tambien verde: una chaqueta igual al vestido reemplazaba á la manteleta.

Como la conversacion de modas es la favorita de nuestro sexo, esta interesante joven me hizo inventario de los dos trajes mas graciosos de su equipaje: el uno de tafetan verde Isly: la falda formaba delantal con seis

órdenes de tiras de tafetan con ondas picadas, y sostenidas por un lazo de cinta del mismo color á cada lado: el cuerpo en punta y con tres órdenes de guarniciones, picadas tambien, en forma de berta.

El otro vestido era de organdi color de rosa con siete volantes alternados, blanco y rosa: el cuerpo escotado y de drapería con los pliegues tambien de los dos colores. Como este traje era para baile, tenia por adorno de cabeza una guirnalda de flores blancas y rosas, separadas por un lazo pequeño de terciopelo negro.

Aurora.

Explicacion del pliego de dibujos.

Núm. 1. *Cuello á lo Luis XIII.* Este cuello y la delantera del fichú deben ser bordados de punto de Venecia.

Núm. 2. *Cuerpo á lo Duquesa.* Este cuerpo debe hacerse de muselina bordada: es con aldetas, abierto por delante y fruncido en el hombro. La manga es ancha, y termina con un volante bordado correspondiente al que forma la aldetas: sobre el volante se coloca un follado ó hueco, y encima de éste tres ó cuatro pliegues menudos. Por delante y en las mangas lazos de cinta. Este cuerpo vá muy bien con una falda de tafetan escocés, de barés, ó de granadina, pero es mucho mas elegante con la falda del núm. 4.

Núm. 3. *Cuello á lo mosquetero.* El cuello y la pechera del camisolin se componen de entredoses bordados que alternan con otros tantos follados. El cuello vá guarnecido de una tira bordada.

Núm. 4. *Manga Duquesa,* bordada á punto de Venecia. Sobre la guarnicion hay una jareta por la cual se pasa una cinta de color que se sujeta con un lazo.

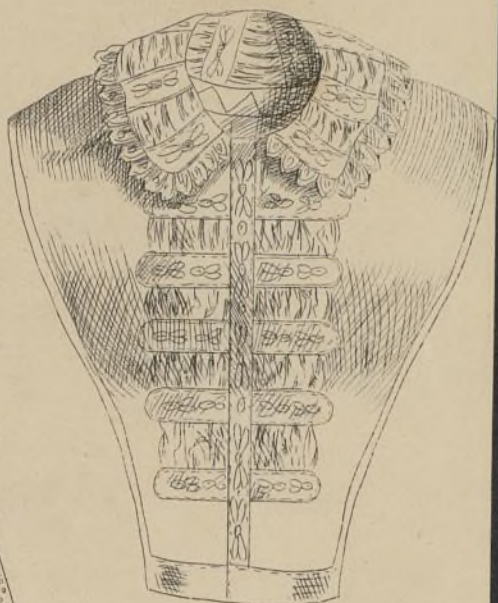
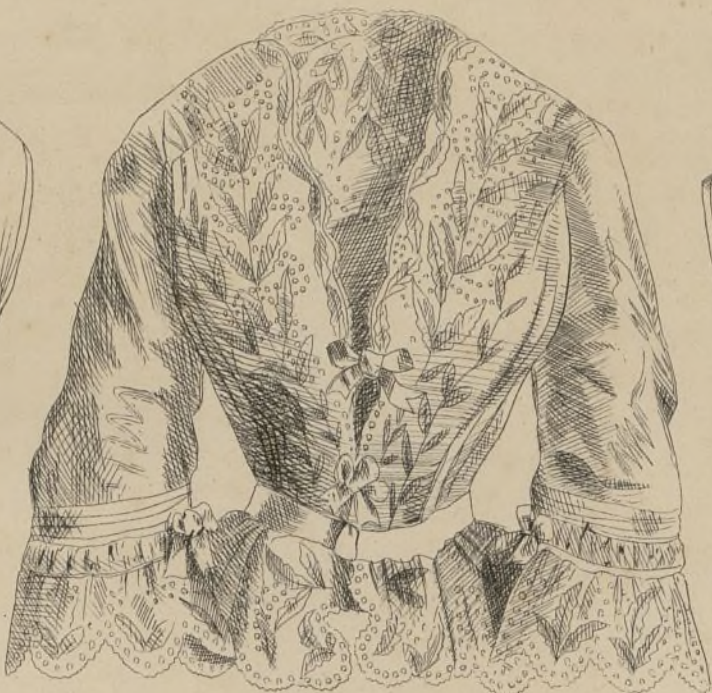
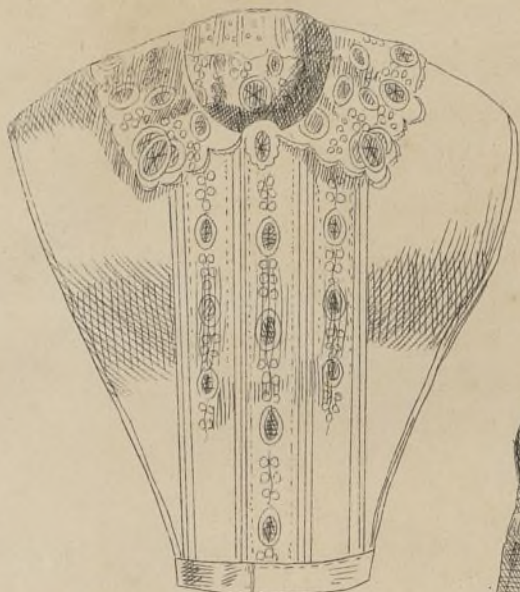
Núm. 5. *Falda de muselina,* guarnecida de tres volantes bordados al pasado; es correspondiente al cuerpo núm. 2.

Núm. 6. *Manga,* de tiras y entredoses: es correspondiente al cuello núm. 1.

2.

1.

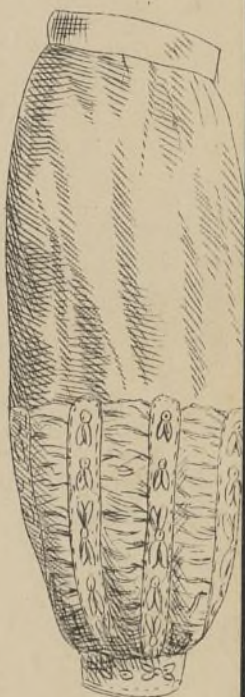
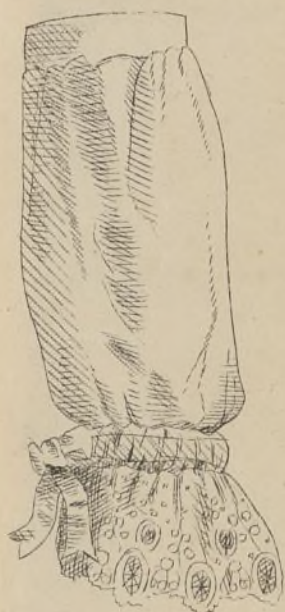
3.



4.

5.

6.



ALBUM DE SEÑORITAS Y CORREO DE LA MODA

Concepcion Geronima n.º 1. Litografia de Castelló

MADRID.

N.º 32, Agosto de 1853.

Ayuntamiento de Madrid

BIENOTECIA
MUNICIPAL



50
96
0